UN COMITÉ ELECTORAL SOCIALISTA

HACE cuatro años, una noche de Otoño, fuí por primera vez á llevar mi óbolo al Comité electoral socialista. Estaba en una de las más pobres casas de una de las más viejas calles de Turín.

Atravesé dos patios oscuros, subí casi á tientas por una escalerilla, y entré en una habitación baja y desnuda, mal iluminada por una pequeña luz de petróleo colocada sobre una mesa sin barnizar, alrededor de la cual estaban sentados tres jóvenes obreros que escribían. No creo que ningún Comité electoral democrático haya tenido jamás instalación más conforme con la austeridad de sus principios.

En un rincón, sobre una caja, había un polígrafo de precio mínimo; en medio de una pared, un pedazo de papel manuscrito, fijado al muro, con la frase de Gari-

baldi: «El Socialismo es el sol del porvenir», paquetes de circulares amontonados en el suelo; ningún mueble, si se exceptúa la mesa y dos bancos; las paredes, manchadas de humedad; las ventanas con cristales rotos...: en suma, el aspecto de una cárcel.

—¡Pobre Comité socialista!—dije para mí;—¿qué podrás hacer desde aquí dentro?

Y pensando en otros Comités que en aquellos días se agitaban en grandes oficinas, en los salones de los periódicos, en los círculos de los partidos militantes, en las hermosas salas alquiladas *ad hoc,* en fondas, donde se preparaban las otras candidaturas, con cientos de servidores, con miles de pesetas y con innumerables medios de coacción y de corrupción, de los cuales pueden servirse todos los demás partidos políticos, y se sirven, para comprar conciencias y tener votos; y comparando aquel poderío lejano con aquella miseria presente, confieso que fuí presa de un sentimiento de compasión y de tristeza, mezclado de aquel descorazonamiento amargo que nos produce la humillación de una persona querida, y una desconfianza repentina me venció: haciendo con sinceridad esta declaración, que me honra poco.

Me apoyé en una de las paredes y me puse á discurrir.

Entre tanto, entraban otros. Al entrar, tiraban al suelo las cerillas que les habían servido para iluminar la escalera. Eran obreros que venían del trabajo con los cabellos enmarañados y las manos negras; estudiantes, empleados, maestros, hombres maduros y jovencillos, alguno que otro encanecido. Entraban de dos en dos, en grupos, ó de uno en uno, y siempre en silencio. Algunos parecían cansados, otros preocupados. Pero apenas entrados, y estrechada la mano de los amigos, cambiaba la expresión de aquellos semblantes. Después se aproximaban á la mesa, y cada uno daba su óbolo en sucios billetes de á peseta ó de cincuenta céntimos, ó en cuartos, que contaban en las manos. Daban los unos la botella de vino de que tenían necesidad; se privaban los otros de la provisión de tabaco de la semana; quién sacrificaba el precio de la localidad del teatro de aquella quincena, quién la merienda en el campo que hacía un mes venía preparando para un domingo...

—¿Y para qué?—pensaba yo mirándolos. Conocía una buena parte de ellos, y ha-

bía charlado con muchos. Ninguno esperaba una victoria, y ni siquiera una manifestación electoral notable. Nadie, aun confiando en acontecimientos extraordinarios y favorables y en la difusión maravillosamente rápida de la idea socialista, esperaba en una mejora cualquiera del propio estado; muchos, de un cambio próximo del estado social, tenían más bien que temer daños que no esperar beneficios, y yo sabía que lo sabían. Y, sin embargo, daban su dinero con la complacencia manifiesta de quien cumple un deber, del cual está profundamente persuadido.

En el rostro de todas aquellas gentes se transparentaba una conciencia firme y tranquila para servir una causa justa, estando en la plena posesión de la verdad, queriendo el bien de todos, y siendo dueños del porvenir. Se podía estar seguro de que no había allí entre ellos ni ambición oculta, ni conciencia comprada, ni voluntad obligada, ni consentimiento desconfiado.

Veía jóvenes estudiantes que llamaban por su nombre á obreros de cincuenta años; manos blancas que estrechaban manos negras; círculos de personas de todas clases sociales, entre las cuales resaltaba un

acuerdo de sentimiento, una forma de familiaridad que no había visto jamás en ningún tiempo ni en ningún país. Me parecía ver los elementos de nuestra sociedad disuelta, buscándose y uniéndose en un modo nuevo de sociedad, animado por un nuevo concepto de la vida y del mundo, dirigida por nuevas razones de estimación y de afecto recíproco y por leyes nuevas de respeto y de cortesía, más sabiamente civilizadas, más sinceramente cristianas que aquellas que vi seguidas en todas las demás reuniones ó comercio social de ciudadanos de distinta clase. Aquella reunión era para mí á un tiempo una realidad y una visión que apagaban un vago y ardentísimo deseo de toda mi vida.

Y á estos pensamientos, de repente, como por una llama, al impulso de un soplo, mi fe se reanimó.

—¡Ah! aunque creyere que todos sois unos ilusos (pensé para mí), os amaría y os admiraría igualmente, jóvenes simpáticos, rudos trabajadores, pobres viejos, que no tenéis otro impulso para esta obra y este sacrificio que la esperanza de un bien, del cual no gozaréis; y que soportando con valor las durezas de la vida y sofocando las

iras provocadas y desafiando las persecuciones públicas y sacrificando la paz doméstica, fundáis vuestra esperanza en el derecho del voto, conquistado con la sangre de vuestros padres: ó sea en la libertad, en la razón, en el presentimiento del triunfo necesario de la verdad y de la justicia!

Pero no, vosotros no sois ilusos, porque la verdad no puede estar del lado de la ambición, del mercantilismo y del egoísmo; la verdad está en vuestra conciencia libre y serena; está en la santidad de vuestro ideal; está en la fraternidad generosa que condena y corrige las injusticias de la fortuna; está en la fe invicta que da á los jóvenes una madurez precoz, que rejuvenece á los hombres maduros, consuela á los ancianos y ennoblece á todos. Y toda propaganda de cada una de las grandes ideas predestinadas á mudar el mundo, ha empezado como ésta, en sitios obscuros, entre paredes desnudas, en medio de gentes desprovistas de todo, odiadas, calumniadas, escarnecidas, mientras los defensores del pasado, armados y ricos bajo todos conceptos, se daban buena vida divirtiéndose en espléndidos salones donde recordaban los aplausos de los

parásitos, y creyéndose seguros del presente y del porvenir.

Y de repente, con gran estupor, no porque faltase un lazo entre el pensamiento y la fantasía, sino por lo súbito de la aparición, ví ante mí la estatua de Ledru-Rollín, contemplada años atrás en París, erigida sobre su pedestal con una actitud profética, con la mano extendida sobre la urna como diciendo: «Aquí está la salvación.»

Y entonces, recorriendo el tiempo con la imaginación, ví aquella pobre habitación ensancharse, abrirse otras salas lejanas, unas tras otras, en todos los barrios de la ciudad, todas rebosando, con una muchedumbre semejante á aquella que tenía ante mis ojos; y todas aquellas multitudes agitadas y ardientes, saludaban con vivas frenéticos los anuncios de las grandes victorias electorales que llegaban uno tras otro de los barrios y cuarteles y de todas las pequeñas y grandes ciudades de Italia; y entre los *vivas,* las manos blancas buscaban las manos negras y se abrazaban jóvenes y viejos, cambiándose los afectos fraternales y filiales de aquellos que hoy se amenazan y se odian.

Corté el soliloquio y penetré en el grupo de mis compañeros, con un impulso de alegría y de afecto que no me habían proporcionado jamás mis grandes amistades del pasado!

A LOS NIÑOS «IRREDENTES» (*)

PARA EL 1.º DE MAYO

Un saludo á vosotros en este día de fiesta y de esperanza, en el cual todavía no pensáis.

Jamás tan piadosamente como en este día os busca y abraza nuestro pensamiento, recorriendo por todos los países *civilizados,* donde la ambición de riqueza de una parte y el hambre de otra, hacen que se incline la infancia con un trabajo que le contrista el alma y le devora las fuerzas.

Dentro de una atmósfera tétrica, velada por el humo de la fábrica, por las nubes de azufre, por el polvo de carbón, por los miasmas de las lagunas, pasa la procesión infinita de los pequeños trabajadores, desde

(*) Admitida esta palabra en español y no teniendo otra con que traducirla exactamente, la dejamos en la forma usual. *(N. del T.)*

los sepultados en las minas del Norte, que se arrastran desnudos en el fango y en las tinieblas, con el saco colgado del cuello, hasta aquellos que sudan en las bodegas de la Sicilia, enfermos y contrahechos, nutridos con un pan horrible, mojado en el nauseabundo aceite de sus propias lámparas; pasa el ejército misérrimo de los niños oprimidos, con las caras exangües y demacradas, con las manos y los pies heridos y llagados, los unos cayéndose de sueño, los otros llorando en silencio; filas de muchachos marchitos y anémicos, encorvados como viejos, que pueblan el aire de toses secas y de anhelos dolorosos; pasan los envenenados por el fósforo, los cegados por los hornos, los mutilados por las máquinas, los quemados vivos por las explosiones del *grisú*, los sepultados por los hundimientos, y mil ojos al pasar se fijan en los nuestros, apagados, duros, desdeñosos, suplicantes, que nos dicen:

—Tenemos una infancia sin cuidados, una adolescencia sin alegrías; tendremos una juventud sin salud y una vejez sin cariño, y á muchos de nosotros nos espera el hospital ó la cárcel, ó antes de tiempo la tierra donde otros chicos de trabajadores

nos esperan, innumerables, ó nacidos ya con la muerte en su propio sér, ó matados en la cuna por los narcóticos, ó acabados, aniquilados por los malos tratamientos y por la inanición... Éste es nuestro destino; ¿por qué?

Y otras cosas nos dicen aquellos ojos. Nos dicen:—La ley Protectora de la infancia, violada con mil engaños, la complicidad de los padres famélicos, el soborno de los inspectores, la indiferencia de las autoridades, la hipocresía de una sociedad civilizada que cree pagar toda su deuda dando la mano al uno por ciento de los miserables que ella misma sepulta; y la aberración de una caridad que va á buscar miserias y dolores á miles de millas de distancia de aquellos que le gimen alrededor; y la injusticia de un mundo que vitupera la inercia en aquellos en quienes se apagó por las fatigas precoces el amor al trabajo, y señala como causa única de la miseria los vicios que ella misma siembra y de que da el primer ejemplo, y castiga sin piedad los delitos á que es inducida tanta gente por una ignorancia y por una corrupción de las cuales no tiene culpa.

Y pasan todavía, y pasan sin cesar, los pequeños esclavos, resignados unos, protes-

tando otros, enfermuchos, atontados, temerosos, con el rostro desencajado, dirigiéndose á las cabañas, ó á las grutas, ó á las cuadras, ó á las buhardillas infectas de las grandes ciudades, donde la promiscuidad salvaje de los sexos acaba por corromper el cuerpo y el alma. Y mientras nos oprime el corazón aquel coro de gemidos y de imprecaciones, nos entristece más amargamente una voz llena y tímida que resuena por encima de aquel coro, y que nos dice: «No hay remedio.»

¡Ah! ¡No lo creáis, muchachos! Por cuanto hay de más sagrado en el mundo, os juro que no es verdad. Si lo fuese, deberíamos escupir sobre la palabra *civilización* cada vez que la encontrásemos impresa en los libros.

Llena es la voz que dice al miserable: «desespera». Vana es aquella que les dice: «esperad todo del cielo, y nada pretended de los hombres». Una fuerza inmensa se levanta en el mundo en pro de vuestros padres y de vosotros mismos, y es llegado el día en el cual ella palpita en millones de corazones y habla en millones de labios, por todas partes, donde llora un niño expósito, donde se extiende en vano á buscar

trabajo un brazo viril, donde suspira un anciano sin pan, después de haber trabajado mientras le duraron las fuerzas.

Y no solamente entre vuestros compañeros de fatiga y de decaimientos se levanta aquella fuerza, si que también en las bellas casas que envidiáis, en medio del bienestar de los placeres que vosotros no gozaréis jamás; de esa parte se adelanta una generación que vosotros creéis indiferente ó desdeñadora de vuestros dolores; una muchedumbre de niños y jóvenes, de manos blancas y de semblante sonrosado, en cuya mente entra cada día una idea que ofusca su serenidad, que atormenta sus conciencias, que conmueve, dilata y levanta sus corazones, que les empuja hacia vosotros, que los prepara á los sacrificios generosos y los arma y los amaestra para combatir con amoroso valor por la causa vuestra y de vuestros hijos.

No; los hijos nuestros no tendrán en el porvenir, pensando en la infancia de los trabajadores, la malhadada visión que llena nuestro pensamiento de tristeza y de vergüenza.

La infancia se ahorrará, porque todos los hombres trabajarán, y la producción

tendrá por fin la satisfacción de las necesidades comunes, no el lucro de unos pocos, y la máquina será sierva, no tirana del hombre. Vuestros hijos irán á la escuela, porque todos tendrán derecho á cultivar el espíritu hasta el límite señalado por el reconocimiento de la aptitud y de la dignidad del hombre civilizado; crecerán contentos y benévolos hacia todos, porque no crecerán ya en la miseria tétrica y la fatiga bestial que confunde la conciencia y pervierte el corazón: amarán el trabajo y la vida porque éste será debido y recompensado humanamente, y aquélla no será ya una guerra fratricida para la cual unos nacen armados y otros inermes, en la cual, por un fuerte ó un astuto que triunfa, mil débiles sucumben, sino una lucha ordenada y honrada de todos para cada uno, y de cada uno para todos, de la cual aparecerá la necesidad y la justicia con la misma luminosa evidencia con que nos aparecen aquellas verdades elementales que son los fundamentos propios de la razón y de la conciencia humana.

Sí: éste es el porvenir, como es cierto que nos sustenta la tierra y nos ilumina el sol.

¡Y vosotros, niños, fijad en el ánimo la

fecha del 1.º de Mayo, que nada os dice todavía! Un día llegará en que esa fecha os quiera decir también á vosotros: concordia, esperanza, victoria, pacificación; Cristo ha vuelto después de veinte siglos para repetir de nuevo: «*Dejad que los niños vengan á mí*»; ó lo que es lo mismo: dejad que sean niños, que crezcan con la sonrisa en el rostro y con la frente elevada al cielo, porque Dios no quiere que se amase la riqueza con la sangre de las venas infantiles y con el tuétano de sus huesecitos y con el precio de su inocencia y de la bondad de su alma.

¡Cristo volverá, hijos míos: hay que celebrar su futura vuelta, invocarlo y confiar en él: y hasta vosotros percibiréis que Él se aproxima!